

Los fragmentos de la sospecha

Sergio ANTORANZ LÓPEZ

Nietzsche, Friedrich. *Fragmentos Póstumos. Volumen I. Traducción, introducción y notas* : Luis E. de Santiago Guervós. 2007. 590 paginas. Madrid. Editorial Tecnos. *Volumen IV. Traducción, introducción y notas*: Juan Luis Vermal y Juan B. Llinares. 2006. 780 páginas. Madrid. Editorial Tecnos.

De la profundidad del pensamiento pueden decirse y escribirse infinitas sospechas, en todo caso el límite y el inicio siempre aparece representado por la vida. Tal vez la actividad filosófica en su ánimo de descubrir la realidad en términos de eternidad, ha conseguido alejarse demasiado de la vida, dejando al ser humano atrás, para alcanzar el conocimiento objetivo del mundo, de este modo, la vivencia como experiencia humana inmediata queda aniquilada, exterminándose su interioridad como voluntad de ser, como voluntad de lo que realmente le hacía originariamente hombre: la voluntad de creación artística frente al mundo. Esto puede ser una breve interpretación del influjo crítico que corretea por las obras de Nietzsche, disponíamos de sus obras, ahora Tecnos nos acerca con la edición de sus Fragmentos Póstumos al taller de confecciones de este autor que abrió otros senderos del pensamiento cuyo reclamo siempre parece ser una reconciliación entre el hombre y la posibilidad del mismo para la vida. Lejos de establecer categorías, huyendo de las posibles definiciones que negarían la inmensa creatividad e interpretaciones que pueden establecerse sobre esta obra, es difícil precisar exactamente que nos ofrecen estos fragmentos cuya extensión es superior a lo obra publicada que conocíamos.

Para no sumergir en un mar de dudas al lector, incitándole desde el principio en las sugerencias que el problemático pensamiento nietzscheano nos ofrece, es preciso referirse a una serie de datos concretos que orienten el origen y proceso de publicación de estos fragmentos. En primer lugar, para finalizar con la polémica sobre la supuesta obra capital de Nietzsche “*La voluntad de poder*” y toda la leyenda o falsificación generalizada acerca de sus últimos escritos, Giorgio Colli y Mazzino Montinari emprenden la tarea de reunir todos los fragmentos no publicados por Nietzsche, no como una nueva obra sistemática como se realizó anteriormente, sino como lo que son, es decir, una serie de fragmentos recogidos de notas y cuadernos que el autor realizó durante su vida, ordenados atendiendo al orden cronológico en el que fueron redactados, consiguiendo de la manera más sencilla, realizar un aparato crítico que disperse las tergiversaciones realizadas en torno a la supuesta obra capital que manipuló Elisabeth Förster-Nietzsche, hermana del autor y heredera fundamental de lo que se ha considerado como el archivo Nietzsche. Los fragmentos que disponemos ahora en castellano se atienen a la traducción del texto alemán, cuya compilación y ordenación realizaron Colli y Montinari bajo el título *Friedrich Nietzsche, Sämtliche Werke Kritische Studienausgabe y Kritische Gesamtausgabe*. Dicha traducción aparece en castellano como *Fragmentos póstumos*, divididos en cuatro volúmenes dirigidos por Diego Sánchez Meca, el primero perteneciente a los años 1869-1874, el segundo 1875-1882, el tercero 1882-1885, y el cuarto 1885-1889, de los cuales, por el momento solo se han publicado el I y IV, los otros dos volúmenes restantes continúan en preparación. La traducción, introducción y notas han sido realizadas, en el caso del primer volumen por Luis E. de Santiago Guervós y en el caso del cuarto volumen por Juan Luis Vermal y Juan B. Llinares, además, ambas ediciones están respaldadas por la Sociedad Española de Estudios sobre Nietzsche.

Aquellos curiosos lectores de Nietzsche que se adentren en la profunda y transgresora compilación de fragmentos póstumos, en primer lugar, deben de estar agradecidos a la fidelidad e inusual respeto con la que se presentan dichos manuscritos, puesto que se exponen con la máxima cautela, hasta el punto de no aventurarse en incluir aquellas palabras o frases que aparecen con dudosa caligrafía y que su comprensión se puede convertir en inadecuada, en lugar de incluir una posible interpretación, han preferido señalar la carencia de significado con la correspondiente simbología, además, se debe de agradecer la ordenación rigurosamente cronológica con la que se ofrecen y las frecuentes notas a pie de página que otorgan diversas aclaraciones y conocimientos complementarios para el estudio. Por lo tanto, la sociedad española del conocimiento debe sentirse afortunada puesto que nos encontramos ante un instrumento imprescindible para acercarnos a la mentalidad de este pensador, no ante una nueva obra capital que fundamente las demás, ni tampoco ante una nueva doctrina, pero sí nos encontramos ante una indispensable herramienta de

apoyo para divisar los múltiples y a veces ocultos, matices de la filosofía nietzscheana.

En esta versión al castellano de los fragmentos póstumos, es importante señalar las tres excelentes introducciones que nos desvelan de forma lúcida, distintas perspectivas, interpretaciones críticas y aproximaciones eficaces al pensamiento de Nietzsche. Hallamos al principio de estos volúmenes una introducción general realizada por Sánchez Meca, coordinador y director del proyecto, en la que nos expone una panorámica sobre la conservación del nihilismo en la sociedad de nuestros días. Esta introducción es una increíble actualización de la crítica de Nietzsche y nos recuerda que dicha crítica aún no está obsoleta y que por lo tanto es de interés necesario su siempre renovación. En esta reflexión encontramos el perfil de un ser humano aún dependiente de lo ajeno. Debido a la crisis de los valores espirituales el ser humano de influencia Occidental aparece interiormente disfrazado, debilitado de su querer y desorbitado de su hacer puesto que ya no cree en Dios, sin embargo, conserva los valores morales de la tradición judeo-cristiana. De este modo, toda acción humana adaptada en los parámetros nihilistas está siempre impregnada de miedo, con cierto temor a uno mismo, debido al vacío interior que halla el individuo al cuestionarse. En una sociedad constituida por la especialización y la rapidez de la acción, por el progreso desorbitado de la técnica y la proliferación de las enfermedades mentales, la tarea del ser humano cuyo Dios ha muerto parece ser: adquirir cosas para creerse cosa, de esta forma, olvidarse de sí para vivir en los otros. En la atmósfera de nuestros días no es difícil respirar todavía el aire del resentimiento, la falta de responsabilidad en las acciones es el pan nuestro de cada día puesto que existe el temor a la libertad, por ello, como anuncia Sánchez Meca, aún hoy seguimos siendo nihilistas. A pesar de haber perdido la creencia en Dios como fundamento metafísico del Bien y de la Verdad, seguimos comportándonos como si tales valores fueran supremos y conservando la misma religión pero con distintos nombres. El hombre sigue *queriendo la nada antes que no querer*. Y este es el problema fundamental de la crítica nietzscheana: llegar hasta lo más propio del deseo y expresarlo sin ningún tipo de impedimento en la acción, representándolo en la vida y no en paraísos artificiales o en naderías metafísicas. La cultura parece que aún no ha aprendido a querer la vida, en lugar de escuchar nuestros instintos y manifestarlos como creatividad dentro de nuestra existencia para que esta se convierta en vida, seguimos escondiéndonos en barreras de ultratumba, seguimos dejando la vida para mañana, nuestra forma de existir sigue buscando la vida.

Como nos sugiere el apartado segundo de esta espléndida introducción, aún son necesarias ciertas condiciones para una renovación de la cultura europea en la que el hombre debería prestar más atención a sus instintos antes que al control racional de los sucesos. No se trata de despreciar las mejoras que nos proporcionan la incesante investigación científica, sino dejar de depositar toda nuestra confianza en

dicho aparato como si fuera la única garantía para nuestra existencia. Por ello, aún recordamos el modo trágico de la vida, aquel modo en el que el héroe afronta la vida tal y como es, un modo de vivir en la que no se lucha por transformar el mundo sino por vivirlo acorde al destino de uno mismo, sin temor al porvenir y con la serenidad del guerrero. Otra renovación que tal vez debería recordar nuestro mundo cultural actual desde la crítica nietzscheana y concretamente desde estos fragmentos póstumos, es aquella que advierte que todo conocimiento está determinado por el valor de la razón que lo estima, es decir, el ser humano en su ánimo de teorizar el medio que le rodea, convierte todo en interpretaciones, esto es, impone predicciones a los fenómenos para dominarlos, dominación que se traduce en términos de fuerzas, es decir, energías que son los instintos de la voluntad de poder en su lucha por sobreponerse y gobernar.

En la introducción al volumen primero, Luis E. de Santiago Guervós nos recuerda la pretensión nietzscheana de hacer de la filología una ciencia. Pero no una ciencia en sentido moderno, sino una ciencia desde la mirada del artista, puesto que el artista en su libre ejecutar siempre estará influido por la vida. En este sentido hablamos de ciencia interpretativa, ligada a la filosofía puesto que no se puede aproximar la filología al estudio de los textos antiguos únicamente mediante la gramática sino también mediante la mentalidad, del mismo modo, para dicha tarea es necesario realizar un recorrido histórico que encuentre en cada momento un cambio de actuar, lo que nos indicará un cambio en la forma del pensar. Aquí encontramos el recorrido genealógico del filósofo-historiador e intérprete-artista, cuyo nombre sería: filólogo. Sin olvidar nunca que la filosofía debe de ser artista, es decir, reconocer su proyecto como creación y no como verdad en sí misma, siempre desde un plano vital en el que el hombre conociendo se conoce a sí mismo y vive obedeciendo su deseo, atendiendo a su pasión por encima de cualquier entendimiento que pretenda llamarse objetivo.

En la introducción al volumen cuarto, realizada por Juan Luis Vermal y Juan B. Llinares podemos encontrar los siguientes pormenores. El profesor Vermal realiza en ella ciertas aclaraciones de importantísima utilidad sobre el famoso proyecto inacabado de *La Voluntad de Poder*; acerca de la elaboración de dicha obra y como está se ve frustrada y por lo tanto dispersa en los siguientes fragmentos póstumos. También nos ofrece una relación de los fragmentos atendiendo a distintos problemas de la doctrina de Nietzsche. Ambos académicos nos presentan el problema de la conciencia como una simplificación que pretende reducir los problemas inconscientes del individuo a términos de sentido generales cuando el yo no es otra cosa que algo inventado y superficial que pretende regular los impulsos que suceden bajo esta estructura que es en su mayor parte inconsciente. Aquí la crítica nietzscheana pretende un giro ontológico que no limite la noción de ente en términos de sujetos y entidades substanciales sino en términos de fuerzas y variables de dominio. Es

entonces la voluntad de poder de cada individuo el comienzo primordial de toda asignación indeterminada e inacabada de valores sobre las cosas, pero a dichos valores no les corresponde ningún tipo de realidad, sino que son simplemente formas de asignar cualidades dependiendo de las fuerzas que influyen sobre la vida.

Por otro lado, como advierten los introductores de esta traducción al castellano, es necesario recordar, que se trata de escritos no preparados para la publicación, en la mayoría de los casos, se trata de las virutas o rastrojos que constituyen su doctrina, ideas o diferentes modos circundantes de desarrollar la crítica de la metafísica dogmática estancada en los parámetros de la moralidad y de la ontología tradicional. Podemos hallar anotaciones, que por decisión del autor, bien podrían ser redundantes, innecesarias, problemáticas o dispersas a la hora de integrarlas en una obra pública, reflexiones no desarrolladas, estrictamente resumidas, en algunos casos convergentes y simultaneas a ciertas partes de sus obras ya conocidas, reflexiones a media luz, pobres en potencial estético para aquellos que estamos acostumbrados al resplandor de la narración poética o aforística de sus escritos publicados, vagas en desarrollo, en otros casos brevemente intensas, sugerentes en cualquier ámbito, necesarias puesto que pueden ser complementos de comprensión e interpretación, además de pilares donde un día nacieron sus ideas, huellas que indican la mutación del pensamiento nietzscheano, indicadores del recorrido intelectual que realizó el autor, partes luminosas que ofrecen nuevos recursos para complementar lo publicado, y otras casi siempre, más oscuras debido al esquemático desarrollo que ofrecen, pero que con el apoyo de sus obras publicadas pueden ser descifradas y viceversa. Anotaciones en algunos casos íntimos, obsesiones reflexivas que revelan la importancia de algunos aspectos filosóficos que abrumaban al autor, borradores sobre títulos e índices de sus próximas obras, algunas publicadas, otras inexistentes, comentarios de los diversos libros que se cruzaban por su crítica mirada, planes de estudio para las clases de Basilea, interrogantes académicos... encontramos pues, el acceso directo al recóndito mundo del creador, donde fecundan, crecen y se desarrollan las ideas que pusieron en jaque a toda la herencia filosófica que Occidente había conservado como intocable.

A modo de comentario, siempre desde la facultad interpretativa que surge como reacción de la lectura de los volúmenes publicados hasta el momento, considero conveniente señalar algunas conclusiones no acabadas, o mejor, apenas comenzadas. En primer lugar y respecto al primer volumen, apreciamos notablemente su condición de profesor de la universidad de Basilea, en los fragmentos podemos observar planes de estudio, organizaciones de las lecciones, siempre orientadas hacia el mundo griego. Observamos también su preocupación por la educación en las universidades, como en ellas se instruye al alumno para que asimile unos conocimientos dados, antes que darles las herramientas para que el mismo los origine. De igual o mayor importancia observamos las afinidades de las que nacen los pri-

meros pensamientos de Nietzsche y que dirigen su proyecto filosófico a lo largo de toda su vida. En esta primera etapa, las influencias más directas son las de Schopenhauer y Wagner. El primero como maestro teórico que descubre una teoría del arte como capacidad de representación para liberarse de la voluntad, lo que Nietzsche denominará: sublimación de los instintos, es decir, toda actividad creadora nace del ser humano como necesidad de gobernar las pulsiones internas, una forma de ofrecer y poner en tensión en el mundo exterior aquello que aparece como fuerza interior, mediante la voluntad, que será la encargada de gobernar, traducir y transmitir en un medio aquellas pasiones que el hombre como sujeto deseante genera. En el segundo, es decir, en Wagner, Nietzsche verá al maestro práctico de la teoría schopenhaueriana, puesto que será él mismo, la posible renovación del espíritu trágico mediante la música, se observa de este modo, que el arte y en concreto la música, es el lenguaje no acotado por los conceptos, por lo tanto, infinito, que será capaz de mostrar las intuiciones emocionales que aparecen en toda voluntad, siendo la música el simbolismo de los deseos. De esta teoría sobre el arte, también forma parte indispensable Hartmann, puesto que de él recoge la teoría de que todo arte se origina instintivamente, sin la participación de la conciencia, es decir, en el ser humano hay algo indomable y desconocido que lo gobierna y que solo puede expresarse en términos artísticos y no filosóficos. Desde la constitución de la filosofía, esta misma solo se encarga de exponer aquello que se puede racionalizar, aquello que es consciente y que el sujeto domina mediante el lenguaje, pero no todo puede expresarse en términos lingüísticos, basta con intentar explicar cualquier tipo de sentimiento, observamos que el arte está más próximo a canalizar dichas sensaciones que cualquier tipo de universalización conceptual. La propuesta que aquí parece sugerirnos el autor, es obedecer o responder al latido instintivo que brota de nuestro interior como deseo, aprender a escucharlo en lugar de negarlo, esconderlo o reprimirlo; llevarlo al límite de nuestra existencia dándole forma mediante la creación, de este modo, la vida superaría los obstáculos de retención dogmática impuestos, vivir en este caso, se convertiría en algo mucho más satisfactorio, en algo mucho menos ajeno. Aquí aparece la oposición radical a la filosofía, puesto que la racionalización como generadora de ficciones y construcciones metafísicas, lejos de atender a nuestros deseos, los oculta por temor al mundo tal y como se nos aparece, creando de este modo otros mundos al antojo y semejanza de una voluntad cobarde que huye de su propio querer. Se intenta presentar, que la gravedad del problema filosófico radica en su propio orgullo, es decir, la pretensión última de toda doctrina es presentar un sistema de teorías que muestren la verdad como única y totalizadora. Por ello encontramos en estos fragmentos póstumos, una propuesta artística y no filosófica, porque el arte muestra verdades mediante ficciones reconocidas, responde a cada interioridad y presenta una serie de estados emocionales, complace la voluntad y deja respirar otras voluntades, mientras que la filosofía,

muestra la verdad mediante ficciones no reconocidas, pretendiendo gobernar el espíritu mediante reglas. Fragmento tras fragmento, Nietzsche parece indicarnos que no existen sujetos trascendentales del conocimiento sino yos individuales que están sujetos a sus pasiones, son los deseos los que explican la voluntad del ser humano como ser vivo y no su conocimiento. No existe una ley filosófico-moral universal, sino sólo abstracciones metafísicas basadas hasta el momento en la negación del mundo para que la voluntad de uno pueda prosperar por encima de todas las demás. La historia del pensamiento ha sido una historia de luchas por gobernar la realidad aniquilando cualquier instinto que muestre al sujeto como ser individual. Detrás de todo cuerpo filosófico no hay una razón desinteresada, sino que hay impulsos que orientan nuestro comportamiento y que desean crear e imponerse como realidad, una forma de creación no reconocida e irrespetuosa con las demás. La realidad no puede ser gobernada por el ánimo de una moda filosófica, el ser humano no puede estar regido por el conocimiento, sino que todo conocimiento debe de estar al servicio del ser humano como ser creativo. De este modo, podemos advertir a lo largo de los fragmentos, y como aparece en *El Origen de la Tragedia*, una crítica a los orígenes de la racionalidad en cuanto que esta se impone como reflexión a la creación, sin dar lugar al acto creativo. Cuando el pensar se convierte en dejar de hacer, reflexionar se convierte en modular otros mundos *mejores*, no reconocidos como aspiración artística sino bajo el título de verdad. Aquí aparece la figura de Sócrates como introductor del método filosófico – la dialéctica destruye la tragedia –, aún no superado por la filosofía y que supone el inicio de una decadencia vital incrementada por la tradición judeo-cristiana.

Entre la multitud de sugerencias que podemos hallar a lo largo de la gran cantidad de fragmentos que se recogen, señalo otras ideas no menos importantes, que rondan el texto, entre ellas, la aparición de la idea de nihilismo en un sentido asemejado al pesimismo como reconocimiento de la falta de lógica en el mundo y la incapacidad para poder crear. Un estado en el que el hombre ha perdido la capacidad de reconocer los valores tradicionales como verdades universales, no asume la vida como responsabilidad de sí mismo, puesto que siempre ha descansado en la imposición que ofrecían los demás, de este modo, ya no es capaz de construir nuevos horizontes desde su voluntad de poder, volviéndose de este modo inerte. También encontramos anticipaciones de los diferentes tipos de voluntad, aquella que lucha por manifestarse y la que asume lo manifestado, lo que más tarde se denominará *lo noble* y *lo plebeyo*. En otros fragmentos podemos encontrar destellos de la contraposición de Apolo y Dionisos como caracterización del proceso creativo-vital, es decir, como tensión de dos contrarios que fuerzan la actividad expresiva en dos momentos diferentes. Representado en estas dos divinidades, un estado denominado dionisiaco que pertenece a la disolución del sujeto dentro de sus instintos vitales, dentro de sus apetencias más íntimas, escuchando los deseos que marcan su

voluntad, sin reconocimiento consciente de lo que es. En este sentido, el ser brota de la naturaleza más primigenia sin obedecer más que a sus pulsiones vitales, mientras que la contraposición apolínea podría resumirse como aquel estado en el que el hombre, dentro de un medio social, debe representar mediante imágenes ese estado que ha encontrado en su interior y que para poder comunicarlo, debe adoptar la suficiente distancia contemplativa para reproducirlo como experiencia que se impone ante las fuerzas exteriores, deberá entonces, ofrecerlo al mundo como creación, es decir, como arte que lucha por formarse en una realidad diferente a la realidad del sujeto, pero que pueden llegar a unirse mediante la conjunción ser humano y mundo, conjunción denominada: arte. Con relación al volumen I, en el volumen IV, encontramos fragmentos que manifiestan la preocupación por la exaltación exagerada del estado apolíneo, puesto que significaría una continua distancia del hombre con lo que desea, donde el ser humano contemplaría imágenes pero nada sabría de sus sensaciones, este sería el nacimiento de la filosofía platónica, en el que las sensaciones, es decir, lo dionisiaco, debido a su fugacidad y a su incomprensible explicación en términos conceptuales sería la apariencia y la falsedad, mientras que lo apolíneo, como reproducción de imágenes que son comunicables, serían las denominadas ideas como reproducciones de la verdad. Comienza a diferenciarse la aptitud del artista opuesta al filósofo, en cuanto que el artista intenta reproducir sensaciones que nacen de sus deseos, mientras que el filósofo solo intenta reproducir imágenes de esas sensaciones, siendo entonces el filósofo un poeta orgulloso que no reconoce su creación como voluntad individual, sino como parámetros de universalidad que pretenden acotar el resto de voluntades. El problema de la filosofía es que se ha convertido excesivamente apolínea, ha optado por la dominación de los impulsos mediante las imágenes, pretendiendo hacer de la vida algo definible en términos metafísicos. De esta exaltación visual de imágenes mentales procede el diseño del conocimiento conceptual, es decir, la filosofía se ha convertido en un juego de imágenes que dejan de brotar como sensación del hombre en el mundo y brotan como reacción negadora del hombre contra el mundo. Las imágenes pretenden imponerse a las sensaciones, dominando los impulsos que hacían al hombre originariamente un ser viviente.

A lo largo de este recorrido, no solo observamos los ataques contra la figura del filósofo como principal negador de la realidad, sino también observamos una parte positiva en el sentido no destructiva, es decir, una renovación académica de la tarea del filósofo, en el que este se presenta como un rastreador histórico que busca mediante las costumbres y la formación de las lenguas, los problemas que persisten en el presente, atendiendo al origen y a la evolución de los mismos, observando que detrás de toda decisión moral, se esconden una serie de presupuestos ontológicos que nada tienen de inocentes, que detrás de todo juego conceptual, existen unas fuerzas que intentan apoderarse del significado del mundo para enseñorearse de la

vida. En otras palabras, Nietzsche parece proponernos, entre otras muchas cosas, que a lo largo de la historia del pensamiento, nos es fácil observar que la pretensión última de todo filósofo ha sido alcanzar la verdad mediante una construcción que el mismo y otros miembros de la sociedad han considerado como el apropiado, basado en el aparato ontológico-logicista o moral judeo-cristiano, esto es, todo proyecto filosófico se apoya en el ansia totalizador de una única verdad que debe de ser desenmascarada. En Nietzsche encontramos no la construcción del camino que conduce a la verdad, sino el desvelamiento de las falsedades absolutistas que se han denominado verdades a base de usurpar las voluntades de los seres humanos, momificando de este modo la pluralidad del pensamiento, así mismo, de creación, anulando lo que realmente nos hace estar vivos: la libertad. Se pretende con esta crítica al sistema de valores religiosos o filosóficos, otorgar al hombre el privilegio de componer o descomponer los horizontes de su existencia, no en base a un fin último trascendente, deslocalizado de la actividad vital, sino atendiendo a su voluntad de poder. La pretensión nietzscheana es destruir cualquier ontología que pretenda arrastrar la mirada hacia una única dirección, como verdades en sí mismas, cuando no existe nada sino es en base a la interpretación de un sujeto que asigna valores a los hechos que aparecen en el mundo circundante. Aquí entra el juego interpretativo que debe liberar la voluntad, tratando de mostrar y no demostrar la posibilidad divergente del pensamiento, sin necesidad de recurrir a las construcciones universales que han protagonizado los senderos filosóficos de la historia de Occidente.